

*Cita: The Air University. (2011). Ronald Reagan Speech, Tear down This Wall. Extraído de: [http://www.au.af.mil/au/awc/awcgate/speeches/reagan\\_berlin.htm](http://www.au.af.mil/au/awc/awcgate/speeches/reagan_berlin.htm)*

## **Hoja de apuntes 2: Discurso de Reagan (extracto)**

**Presidente Ronald Reagan**

**Berlín Occidental, Alemania Occidental (Puerta de Brandemburgo)**

**12 de junio de 1987**

Muchas gracias.

Canciller Kohl, alcalde Diepgen, señoras y señores: hace 24 años, el presidente John F. Kennedy visitó Berlín y se dirigió al pueblo de esta ciudad y del mundo en el Ayuntamiento. Pues bien, desde entonces otros dos presidentes han venido, cada uno a su vez, a Berlín. Y hoy yo mismo hago mi segunda visita a su ciudad.

Venimos a Berlín, nosotros, los presidentes estadounidenses, porque es nuestro deber hablar, en este lugar, de la libertad. Pero debo confesar que también nos atraen otras cosas: el sentimiento de historia de esta ciudad, más de 500 años más antigua que nuestra propia nación; la belleza del Grunewald y el Tiergarten; sobre todo, su valor y determinación. Quizás el compositor Paul Lincke entendía algo de los presidentes estadounidenses. Verán, como tantos presidentes antes que yo, hoy vengo aquí porque vaya donde vaya, haga lo que haga: Ich hab noch einen Koffer in Berlin [Todavía tengo una maleta en Berlín].

Nuestra reunión de hoy se transmite a toda Europa Occidental y América del Norte. Tengo entendido que se está viendo y escuchando también en el Este. A los que nos escuchan en toda Europa del Este, una palabra especial: aunque no pueda estar con ustedes, les dirijo mis observaciones con la misma seguridad que a los que están aquí adelante. Porque me uno a ustedes, como me uno a sus compatriotas de Occidente, en esta creencia firme e inalterable: Es gibt nur ein Berlin [Sólo hay una Berlín].

Detrás de mí se alza un muro que rodea los sectores libres de esta ciudad, parte de un vasto sistema de barreras que divide todo el continente europeo. Desde el Báltico, hacia el sur, esas barreras atraviesan Alemania en un corte de alambre de púas, hormigón, jaulas para perros y torres de vigilancia. Más al sur, puede que no haya ningún muro visible ni evidente. Pero sigue habiendo guardias armados y puestos de control, que siguen siendo una restricción del derecho a viajar, un instrumento para imponer a los hombres y mujeres de a pie la voluntad de un Estado totalitario. Sin embargo, es aquí, en Berlín, donde el muro emerge con mayor claridad; aquí, atravesando su ciudad,

donde la foto de las noticias y la pantalla de televisión han impreso esta brutal división de un continente en la mente del mundo. Ante la Puerta de Brandemburgo, cada hombre es un alemán, separado de sus semejantes. Todo hombre es un berlinés, obligado a mirar una cicatriz.

El presidente von Weizsacker ha dicho: "La cuestión alemana está abierta mientras la Puerta de Brandemburgo esté cerrada". Hoy digo: Mientras la puerta esté cerrada, mientras se permita que esta cicatriz de un muro se mantenga en pie, no es sólo la cuestión alemana la que queda abierta, sino la cuestión de la libertad para toda la humanidad. Sin embargo, no vengo aquí a lamentarme. Porque encuentro en Berlín un mensaje de esperanza, incluso a la sombra de este muro; un mensaje de triunfo.

En esa primavera de 1945, los habitantes de Berlín salieron de sus refugios antiaéreos para encontrar la devastación. A miles de kilómetros de distancia, el pueblo de los Estados Unidos tendió la mano para ayudar. Y en 1947 el Secretario de Estado George Marshall -como ya se ha dicho- anunció la creación de lo que se conocería como el Plan Marshall. Hace precisamente 40 años este mes, dijo: "Nuestra política no está dirigida contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos".

Hace unos momentos, vi en el Reichstag una exposición que conmemora este 40.º aniversario del Plan Marshall. Me llamó la atención el cartel de una estructura quemada y destruida que se estaba reconstruyendo. Tengo entendido que los berlineses de mi generación recuerdan haber visto carteles como ese repartidos por los sectores occidentales de la ciudad. El cartel decía simplemente: "El Plan Marshall está ayudando aquí a fortalecer el mundo libre". Un mundo fuerte y libre en Occidente; ese sueño se hizo realidad. Japón salió de la ruina para convertirse en un gigante económico. Italia, Francia, Bélgica... prácticamente todas las naciones de Europa Occidental experimentaron un renacimiento político y económico; se fundó la Comunidad Europea.

En Alemania Occidental, y aquí en Berlín, se produjo un milagro económico, el Wirtschaftswunder. Adenauer, Erhard, Reuter y otros líderes comprendieron la importancia práctica de la libertad: que, al igual que la verdad sólo puede florecer cuando el periodista tiene libertad de expresión, la prosperidad sólo puede producirse cuando el agricultor y el empresario gozan de libertad económica. Los líderes alemanes redujeron los aranceles, ampliaron el libre comercio y bajaron los impuestos. Sólo entre 1950 y 1960, el nivel de vida en Berlín y Alemania Occidental se duplicó.

Donde hace cuatro décadas había escombros, hoy en Berlín Occidental se encuentra la mayor producción industrial de cualquier ciudad de Alemania: bloques de oficinas, casas

y apartamentos elegantes, avenidas orgullosas y el extenso césped de los parques. Donde la cultura de la ciudad parecía haber sido destruida, hoy hay dos grandes universidades, orquestas y una ópera, innumerables teatros y museos. Donde había escasez, hoy hay abundancia: alimentos, ropa, automóviles, los maravillosos bienes del Ku'damm. A partir de la devastación, de la ruina total, los berlineses reconstruyeron en libertad una ciudad que vuelve a ser una de las más grandes del planeta. Los soviéticos pueden haber tenido otros planes. Pero, amigos míos, había algunas cosas con las que los soviéticos no contaban: Berliner Herz, Berliner Humor, ja, und Berliner Schnauze [Corazón berlinés, humor berlinés, sí, y un Schnauze berlinés].

En los años 50, Khrushchev predijo: “Los vamos a enterrar”. Pero en Occidente vemos hoy un mundo libre que ha alcanzado un nivel de prosperidad y bienestar sin precedentes en toda la historia de la humanidad. En el mundo comunista, vemos el fracaso, el retraso tecnológico, el descenso de los niveles de salud, incluso la carencia más básica: la escasez de alimentos. Incluso hoy, la Unión Soviética sigue sin poder alimentarse. Después de estas cuatro décadas, pues, se impone ante el mundo entero una gran e ineludible conclusión: la libertad conduce a la prosperidad. La libertad sustituye los antiguos odios entre las naciones por la cortesía y la paz. La libertad es la vencedora.

Y ahora los propios soviéticos pueden, de forma limitada, estar comprendiendo la importancia de la libertad. En Moscú se habla mucho de una nueva política de reforma y apertura. Algunos presos políticos han sido liberados. Ya no se interfieren algunos teledispositivos extranjeros. A algunas empresas económicas se les ha permitido operar con mayor libertad del control estatal.

¿Son estos los inicios de cambios profundos en el estado soviético? ¿O son gestos simbólicos, destinados a suscitar falsas esperanzas en Occidente, o a reforzar el sistema soviético sin cambiarlo? Damos la bienvenida al cambio y a la apertura, porque creemos que la libertad y la seguridad van unidas, que el avance de la libertad humana sólo puede fortalecer la causa de la paz mundial. Hay una señal que los soviéticos pueden hacer que sería inconfundible, que haría avanzar dramáticamente la causa de la libertad y la paz.

Secretario General Gorbachov: si busca la paz, si busca la prosperidad para la Unión Soviética y Europa del Este, si busca la liberalización, ¡venga a esta puerta! ¡Sr. Gorbachov, abra esta puerta! Sr. Gorbachov, ¡derribe este muro!